



Zygmunt
Bauman

Sobre
la educación
en un mundo
líquido

Conversaciones con
Ricardo Mazzeo

Zygmunt Bauman: Han tenido que transcurrir más de dos milenios, desde aquellos tiempos en que los antiguos sabios griegos inventaron la noción de *paidea*, para que la idea de la «educación durante toda la vida» cambiara, pasando de ser un oxímoron (una contradicción en sus términos) a un pleonasmo (algo parecido a «mantequilla mantecosa» o «hierro metálico»). Esta notable transformación ha ocurrido en tiempos bastante recientes, en las últimas décadas, y es el resultado de los cambios, que se dan a un ritmo radicalmente acelerado, en el entorno social de quienes son los dos principales actores en la educación: los maestros y quienes aprenden.

En el momento en que un misil balístico empieza a moverse, su dirección y la distancia de su trayecto han sido ya decididos por la forma y la posición del cañón, y por la cantidad de pólvora que contiene su armazón. Se puede calcular el lugar donde va a caer sin margen de error o con un margen de error mínimo, y se puede elegir ese lugar cambiando de posición el cañón o bien variando su dosis de pólvora. Estas cualidades de los misiles balísticos hacían de ellos armas ideales para utilizar en las guerras de posición, cuando los objetivos que había que atacar permanecían inmóviles en sus trincheras o sus búnkeres, y los misiles eran los únicos cuerpos que se desplazaban.

Pero estas mismas cualidades hacen de ellos armas inútiles una vez que los objetivos, no visibles para el artillero, comienzan a moverse. Muy en particular, si estos objetivos se desplazan a más velo-

cidad de la que los misiles son capaces de alcanzar. Y los misiles aún resultan más inútiles cuando los objetivos se mueven de forma errática, de un modo impredecible que desbarata los cálculos preliminares de la trayectoria requerida. Entonces se hace necesario un misil moderno e inteligente que pueda cambiar su curso en pleno vuelo dependiendo de las circunstancias cambiantes. Un misil capaz de detectar al instante los movimientos del objetivo, y de extraer de ellos toda la información que necesite saber sobre su dirección actualizada y su velocidad. Y además resulta imprescindible que, partiendo de esta información que ha recabado, el misil sepa extrapolar el lugar exacto en el que se encontrarán las dos trayectorias. Estos misiles inteligentes no pueden detenerse, y mucho menos dar por finalizada la tarea de reunir y procesar la información, mientras se encuentran viajando. Porque sus objetivos siguen desplazándose y cambiando de dirección y velocidad, de tal modo que el establecimiento del punto de encuentro necesita ser actualizado y corregido de modo constante.

Podemos decir que los misiles inteligentes adoptan una estrategia de «racionalidad instrumental», aún en su versión mutante y fluida, por expresarlo de alguna manera. O sea, desechan la asunción de que el destino final es definitivo, de que es fijo e inamovible para siempre, y de que lo único necesario es aplicar los medios de cálculo y manipulación. Los misiles más inteligentes ni siquiera se limitarán tan sólo a los objetivos preseleccionados, sino que elegirán sus objetivos sobre la marcha. Lo que los guiará será una estimación de qué es lo máximo que pueden conseguir dada su capacidad técnica, y de cuáles son los objetivos potenciales que tienen cerca y que están equipados para favorecer su ataque. En lo que respecta a esto último podríamos hablar de una «racionalidad instrumental» a la inversa: los objetivos son seleccionados mientras el misil se desplaza, y son los medios disponibles los que deciden cuál será el objetivo finalmente seleccionado. En este caso, la «inteligencia» del misil lanzado y su efectividad se beneficiarán si sus características técnicas son de naturaleza más bien «generalizada» y «neutral», no enfocada hacia ninguna categoría específica de objetivos, y no excesivamente preparada para atacar un tipo particular de blancos.

Los misiles inteligentes, a diferencia de sus antiguas parientes cercanas, las balas, «aprenden sobre la marcha». De tal modo que, en primera instancia, hay que dotarlas con la «habilidad» de aprender, y de aprender rápido. Esto es obvio. Sin embargo, lo que ya no resulta tan claro, aunque sea tan crucial como la aptitud de saber asumir un aprendizaje rápido, es la capacidad de «olvidar» de forma instantánea lo que han aprendido con anterioridad. Los misiles inteligentes no serían inteligentes si no fueran capaces de «cambiar de opinión» o de revocar sus «decisiones» previas sin pensárselo un segundo y sin lamentarlo... No deben tener excesivo apego a la información que han recabado y bajo ningún concepto les está permitido adquirir la «costumbre» de actuar de acuerdo a lo que la información reunida sugiere. Toda la información que recaban envejece con gran rapidez, de tal modo que en vez de proporcionarles una guía fiable puede conducirlos a extraviarse, a menos que sean capaces de desestimarla enseguida. Lo que los «cerebros» de los misiles inteligentes nunca deben olvidar es que los conocimientos que adquieren son básicamente «desechables», buenos sólo hasta que llegue el siguiente aviso, y sólo útiles de modo temporal. Y que para asegurar el éxito de la misión están obligados a percibir ese instante en el que los conocimientos adquiridos dejan de ser útiles y, en consecuencia, deben ser desecharados, olvidados y reemplazados.

Los filósofos de la educación de la sólida era moderna veían a los maestros como a unos lanzadores de misiles balísticos. Y los aleccionaban sobre las maneras de asegurar que sus productos siguieran el trayecto —un trayecto determinado por el momento del disparo inicial— que les estaba predestinado de modo estricto. Y esto no tiene nada de asombroso. En los primeros estadios de la era moderna los misiles balísticos fueron el máximo logro de la capacidad de inventiva técnica del hombre. Y fueron armas que sirvieron de forma impecable a cualquiera que deseara conquistar y controlar el mundo tal y como era entonces. Lo expresó muy bien, aunque de forma confidencial, Hilaire Belloc, cuando al hablar sobre los nativos de África dijo: «Pase lo que pase, nosotros tenemos el arma definitiva, y ellos no la tienen» (el «arma definitiva», recordemos, era una máquina que lanzaba una enorme cantidad de balas

en un espacio muy corto de tiempo y que, por tanto, sólo resultaba efectiva si enfrente tenía un número igual de objetivos). Pero, de hecho, esta visión de la labor del maestro y del destino del alumno era mucho más vieja que la idea del «misil balístico» y también que la era moderna que lo inventó. Así lo atestigua un antiguo proverbio chino que se anticipó en dos mil años a la llegada de la modernidad, pero que la Comisión de la Unión Europea aún cita hoy, en el umbral del siglo XXI, para respaldar su programa de una «educación durante toda la vida»: «Si haces planes para un año, planta maíz. Si haces planes para una década, planta árboles. Si haces planes para una vida, adiestra y educa a la gente». Esta antigua sabiduría tan sólo ha perdido su valor pragmático con la entrada en los líquidos tiempos modernos. Unos tiempos en los que las personas preocupadas por el aprendizaje, y por la promoción del aprendizaje conocida bajo el nombre de «educación», han tenido que desplazar su atención de los misiles balísticos a los misiles inteligentes.